

Un relato “totalmente distinto”

JAVIER MARRODÁN

Periodista, director del proyecto

Hans Schwarz es el protagonista de *Reencuentro*, la magnífica novela de **Fred Uhlman**. Vive en Stuttgart, es judío y asiste con inquietud a los cambios que el pujante nazismo va imponiendo en el paisaje social de su adolescencia. Pero ni las provocaciones de sus compañeros ni los silencios envenenados de algunos profesores le interpelan tanto como el incendio que un día devora la casa de los Bauer, sus vecinos. El fuego causa la muerte de los tres hijos pequeños del matrimonio y tambalea muchas de las convicciones de Hans: ni él ni su amigo Konradin encuentran respuestas convincentes a las preguntas que surgen del suceso.

“Aquel incendio —confiesa— me conmovió como ninguna otra cosa me había conmovido antes. Había oído hablar de terremotos que causaban miles de víctimas, de torrentes de lava hirviente que sepultaban aldeas, de océanos que devoraban islas. Había leído que el río Amarillo había ahogado a un millón de personas y que el Yang-tsé había ahogado a dos millones. Sabía que un millón de soldados habían muerto en Verdún. Mas todo eso eran simples abstracciones: números, estadísticas, información. Era imposible sufrir por un millón de personas. En cambio, conocía a estas tres criaturas, las había visto con mis propios ojos..., lo cual era totalmente distinto”.

Con el terrorismo ocurre algo parecido: se pueden precisar las grandes cifras del balance que ha dejado la actividad criminal de ETA, pero es difícil hacerse cargo de la trascendencia que han tenido los asesinatos, los secuestros, la extorsión o las amenazas en la vida concreta de miles de personas. Todos hemos padecido de un modo u otro la violencia, sí, pero es *totalmente distinto* haberla sufrido o presenciado de forma directa, sin intermediarios que alivien o alejen el impacto. No es lo mismo conocer la teoría —describir el fenómeno— que hacerse cargo de sus consecuencias, del efecto tan devastador y tan perdurable que ha tenido y sigue teniendo en la existencia de demasiados ciudadanos de Navarra y de España. De esa premisa surge este segundo volumen de *Relatos de plomo*.

Una realidad con nombres y apellidos

Juan José Artuch Iriberry vive desde hace más de diez años en Badajoz. Sus compañeros y sus vecinos le preguntan de vez en cuándo qué hace tan lejos de Pamplona, y él, si dispone de tiempo y ganas, les cuenta que un sábado de 1996, mientras veía con su mujer *El nombre de la rosa*, recibió una llamada telefónica de la Policía: “Esta vez ha sido grave”, le dijeron. No necesitó más datos para cruzar la capital navarra ya de noche y llegar al concesionario de Renault cuando las llamas aún envolvían los automóviles en venta o los que aguardaban su turno en el taller. El establecimiento había sido atacado en quince ocasiones, pero aquel atentado de 1996 lo redujo a cenizas. Los catorce trabajadores se quedaron en la calle y Juan José, que era el gerente, acabó aceptando la propuesta de un amigo para empezar de nuevo en Badajoz. Se trasladó con su familia y sus dos hijas, y con una sensación de hastío que todavía le duele. “A mis hijas —explica— les he hablado de lo ocurrido sin acritud, sin fanatismo, de forma desapasionada. Les he expuesto

los hechos para que tengan una visión clara de cómo fueron las cosas en Navarra, y de cómo el hecho de tener un concesionario de coches franceses era un peligro porque en aquellos años Francia colaboraba con la Justicia española y ETA respondía atacando intereses franceses”.

Quienes vivían cerca del concesionario incendiado aún recordarán las escenas atropelladas y siniestras de aquella noche, y hasta podrán evocar el olor penetrante del humo, pero la inmensa mayoría de sus conciudadanos pasa hoy junto a aquel solar sin saber que un atentado impuso el cierre a un negocio que funcionaba razonablemente bien y obligó a catorce personas a reinventar sus biografías profesionales. Una de ellas, en Badajoz.

Es preciso ponerle nombres y apellidos a una realidad para conocerla de verdad, aunque sea con carácter retroactivo. Y en el caso del terrorismo ese ejercicio es especialmente necesario: es probable que hayamos vivido durante muchos años pensando que lo conocíamos, que nuestro imaginario y nuestras referencias eran suficientes para ilustrar la magnitud del fenómeno, para valorar sus consecuencias, para intuir el dolor y el desamparo de quienes lo sufrieron de manera más directa. Sin embargo, *es totalmente distinto* asomarse a la Historia de la mano de sus protagonistas.

En Navarra los años noventa fueron menos crueles y sangrientos que los anteriores, y no es exagerado decir que buena parte de ese balance se debe al celo profesional de un hombre concreto, **José Luis Hervás Mañas**, que se había hecho guardia civil con la aspiración de servir a los demás, y que el 25 de junio de 1990 decidió recorrer la Foz de Lumbier en busca de alguna pista que le ayudara a esclarecer los robos de poca monta perpetrados en la zona. Dos días después se iba a examinar de la última asignatura que le faltaba para terminar la carrera de Derecho y prefirió adelantar el turno para reservarse unas horas de estudio. Cuando vio desde el Nissan Patrol una bolsa de plástico a la orilla del río, podría no haberle dado importancia o haber continuado la conversación con su compañero, pero prefirió bajar del vehículo y descender trabajosamente hasta la orilla, donde encontró a tres personas que parecían bañistas y que resultaron ser los tres liberados del comando Nafarroa de ETA. El sargento les pidió la documentación y ellos le respondieron a tiros. Paradójicamente, el asesinato de José Luis Hervás fue el prólogo de una época relativamente tranquila: los sucesos que se precipitaron a partir de aquel tiroteo acabaron con la infraestructura de ETA y abrieron un paréntesis de varios años sin atentados mortales. Cuando hablamos de escribir la Historia no podemos olvidar que hay hombres que la han hecho avanzar con sus decisiones, a veces con su propia vida.

En este segundo volumen sobre la historia del terrorismo en Navarra se relatan los atentados perpetrados por ETA entre 1987 y 2011: hay cerca de 200 crónicas en las que aparecen citadas más de mil personas. Son textos pegados al terreno con datos y referencias muy precisos, con cierta tensión narrativa. Sin embargo, como ya ocurría en el primer tomo, la aportación más interesante y más novedosa la constituyen las entrevistas. La madre de José Luis Hervás se llama **Olvido Mañas** y vive en una casa muy modesta a las

afueras de Castellón. Allí recibió hace 24 años la noticia de que a su hijo lo habían matado en la Foz de Lumbier. José Luis era el mayor de siete hermanos. Otro de ellos, **Jesús**, ya padecía en 1990 una depresión. El crimen la agravó y cuatro años después, un domingo, llamó por teléfono a su madre, le dijo que el mundo era “una mierda” y se despidió de forma inquietante. Horas después lo encontraron ahorcado. Olvido Mañas no oculta que su vida podría haber sido más feliz, pero habla de su pasado sin odio, con una generosidad abrumadora. Ni siquiera se siente capaz de juzgar a los terroristas que mataron a su hijo. “Si me pidieran perdón —asegura—, creo que sería capaz de perdonarlos. A veces cuesta, porque son cosas tan duras cuando tú no has hecho mal a nadie... Pero al final te das cuenta de que lo tienes que hacer y descansar. Yo muchas veces rezo por todas esas almas que hacen tanto mal, para que Dios tenga compasión de ellas”.

Es *totalmente distinto* escuchar las reflexiones de Olvido Mañas sobre su vida y la de su hijo que limitarse a recopilar las informaciones que en su día publicó la prensa sobre los sucesos de la Foz de Lumbier.

El reto del periodismo

Hay quien sostiene que la literatura es más eficaz que el periodismo para transmitir determinadas realidades. Y en el ámbito concreto del terrorismo, hay novelas que hacen buena esa afirmación. *La carta*, de **Raúl Guerra Garrido**, es una de ellas. Relata la peripecia de un comerciante de clase media que en las primeras páginas recibe una misiva que le exige el *impuesto revolucionario*, y que ve cómo en pocas semanas se tambalea —se derrumba, incluso— toda su existencia. O los relatos de **Fernando Aramburu**, que recrean con una sutileza dolorosa la atmósfera opresiva que se ha respirado durante medio siglo en muchas localidades y en muchas familias de Navarra o del País Vasco. O la conmovedora *Ojos que no ven*, de **José Ángel González Sainz**, que describe sin apenas adjetivos el drama de una familia que se instala en Euskadi en busca de oportunidades. Cualquiera de esos libros deja en el lector un sabor amargo y una moraleja profunda, lacerante.

Sin embargo, ningún novelista sería capaz de imaginar la historia de la familia Salvá. Es *totalmente distinta*. **Diego Salvá Lezáun** era el segundo de siete hermanos. Se aficionó a las motos desde niño y sus padres casi llegaron a acostumbrarse a los accidentes, a las estancias en el hospital y a las cicatrices. Pero el percance que sufrió el 15 de marzo de 2009 superó todos los anteriores: Diego permaneció tres semanas en coma y salió de la UCI convertido en un bebé de 27 años: no podía moverse, no podía hablar, no recordaba a nadie, no era capaz de hacer nada por sí mismo. A partir de ese momento, su numerosa familia se volcó de forma unánime para recuperar al hermano *perdido*: le ayudaron a recordar, le enseñaron a hablar y a masticar y a sostenerse de pie, le contaron quién era y qué le había pasado, le vieron dar sus primeros pasos, celebraron con entusiasmo cada uno de sus pequeños avances y asistieron con emoción a su regreso a casa tres meses después. Diego era guardia civil y sus padres acordaron con los responsables del Cuerpo

que se reincorporase a algún trabajo sencillo hasta que su recuperación fuera completa. Concretaron la fecha —el 1 de agosto de 2009— y el lugar: el centro de denuncias de Calvià, en Palmanova. Pero Diego estaba tan nervioso y tan ilusionado que sugirió a su madre la posibilidad de ir un par de días antes para conocer a sus compañeros y para ir adaptándose a las características de su nuevo puesto. Y así lo hicieron. El 30 de julio le presentaron a **Carlos Sáenz de Tejada**, que iba a ser su instructor, y le explicaron en qué consistiría su tarea. Estaba radiante. Al mediodía, Carlos propuso a Diego que lo acompañara a llevar un Nissan Patrol al garaje. La bomba estalló cuando apenas se habían acomodado en el vehículo. Los dos murieron prácticamente en el acto. **Marina** tenía entonces 19 años. Se ha preguntado muchas veces por las razones de quienes mataron a su hermano e incluso ha preguntado por ellas a algunos jóvenes que las apoyan. No las entiende. Pero afirma también que nunca ha sentido rabia ni odio: “Es tan fuerte lo que estáis haciendo que me da pena, me da mucha pena que os vayáis de este mundo habiendo hecho una cosa tan mala”.

El periodismo siempre tiene ventaja. Y tiene además la obligación de aprovecharla. Hablar con las víctimas, poner nombres y apellidos a la Historia, no es únicamente una estrategia narrativa, un modo de captar la atención: es sobre todo una exigencia moral. A ese planteamiento responden estas páginas que cierran el recorrido cronológico del terrorismo en Navarra. En *Vencedores o vencidos*, la película de **Stanley Kramer** sobre uno de los juicios de Nuremberg, el juez Dan Haywood (**Spencer Tracy**) mantiene algunos diálogos sugerentes con el matrimonio que lo aloja. Se trata de una pareja ya mayor que asume con aparente resignación las tropelías de los nazis. “¿Habían oído hablar de un lugar llamado Dachau, que no está a muchos kilómetros de aquí?, ¿sabían lo que allí estaba pasando?”, les pregunta un día el juez en la intimidad más o menos compartida de la cocina. “No lo sabíamos, de verdad, puede creernos”, se lamenta la mujer. Y después de un diálogo lento y embarazoso, el marido añade: “Y aun sabiéndolo, ¿qué hubiéramos podido hacer nosotros?”. Era la excusa que estaba esperando el veterano magistrado: “Pero su esposa ha dicho que no lo sabían...”, les contradice con suavidad. El matrimonio queda entonces sumido en un silencio inquietante y quizá culpable: el mismo silencio al que se vieron abocados —en público o en privado— otros muchos alemanes que optaron por mirar hacia otro lado. Hoy ya no es posible cambiar la Historia, pero los periodistas aún podemos responder a la pregunta de Nuremberg —“¿Qué hubiéramos podido hacer nosotros?”— con un propósito que es la vez un reto y un compromiso: contarlo. ●